

MANIFIESTO

La Junta Organizadora del Partido Liberal Mexicano, A la Nación.

MEXICANOS:

En nombre de la Patria oprimida, que reclama para su redención el esfuerzo de sus buenos hijos, venimos á llamar á vuestros corazones de patriotas, con el ansia de despertar en ellos aquellas hermosas y legendarias virtudes ciudadanas que en tiempos mejores os animaron para conquistar las libertades que habéis perdido y las glorias que habéis dejado empañar.

No pueden haber muerto en vuestro corazón los sentimientos patrióticos que en otro tiempo lo inflamaron. Vosotros los que tantas veces habéis hecho morder el polvo á los tiranos, los que habéis hecho flamear el estandarte de la libertad sobre las ruinas de tronos y Dictaduras, no permaneceréis indiferentes ante las actuales desventuras de la Patria ni será para vosotros esclavitud irreducible la opresión con que hoy os agobia el más infame y odioso de los déspotas.

Vosotros reaccionaréis. El sopor que os envolvió después de vuestras épicas fatigas, dejándoos á merced de los tiranos, se disipará al grito de ¡alerta! de vuestros hermanos que vigilan, y una vez más, estremecidos á la vibración de un verbo de libertad y de justicia, emprenderéis como siempre la lucha á que os provoca el despotismo y á que os impele el deber.

MEXICANOS:

La necesidad imperiosa de batir y derrocar al despotismo antes de que cause mayores y quizá irremediables males á la Patria, reclama vuestro esfuerzo. Presadlos decididos; hacedos acreedores al honroso título de buenos ciudadanos; agrupaos bajo la bandera inmaculada del Partido Liberal, y unidos, organizados, fuertes, combatid sus vacilaciones por salvar á vuestro país de los infortunios y de las ignominias que arroja sobre él la tiranía. Nosotros estamos á vuestro lado, con vosotros luchamos, y ya que ahora no se levanta otra voz más autorizada, levantamos la nuestra y nos atrevemos á señalar los derroteros para llevar á cabo esa campaña organizada y eficaz á que os llamamos.

Observad la situación del país; meditad si son apropiados los medios de lucha que vamos proponeros, y resolved si los aceptáis ó los rechazáis. Confiamos en que vuestra resolución no será inspirada en el egoísmo ó la cobardía, sino en el patriotismo puro y desinteresado, teniendo en cuenta que nuestras palabras no son dictadas por otro móvil que por el anhelo ardiente de servir á nuestro país.

**

Desolador es el cuadro que presenta la Patria después de treinta años de espantosa tiranía. Tras la muerte de Juárez y el ostracismo de Lerdo de Tejada, tras la desaparición, por causas diversas, de esos dos sostenedores titánicos de la democracia implantada en México con la Constitución de 57, cayó sobre la Patria desamparada, como sobre tierra de conquista, la horda famélica y salvaje de los motueros tuxtepecanos. Después de algunos años de Gobierno civil, que comenzaba á encauzar á la Nación por vías de verdadero progreso, de educación cívica y de ilustración popular, el país volvió á agitarse con una convulsión morbosa, inespereada ya en tal época. Era el nefando pretorianismo, esa inabarcable gangrena de nuestro ser social, que humillado algún tiempo por los hombres de ley, se levantaba contra el último de ellos, contra el más tolerante, contra el

más pacífico, contra Lerdo. El pretorianismo sublevado tuvo un caudillo digno de aquel crimen: no podía ser ni el más honrado, ni el más glorioso, ni el más patriota; fué simplemente el más ambicioso, el más audaz, el más vil: fué Porfirio Díaz, que después de haber amargado los últimos días de Juárez, pagó el generoso perdón de Lerdo con la más criminal de las rebeliones.

Con el acero tinto en sangre hermana, llegó á la Presidencia de la República ese Caudillo de la infamia, y al empuñar las riendas del Gobierno—objeto único de sus ambiciones—arrojó descaradamente lejos de sí la bandera con que se había levantado y en la cual, para engañar á los incautos, había hecho grabar estas frases que resultaron un amargo sarcasmo: "Abolición del Timbre, Sufragio Libre, No-Reelección."

Con esos principios y tales antecedentes se formaron los cimientos de una Dictadura que lleva ya cerca de seis lustros de pesar sobre nosotros. Desde sus comienzos está manchado el que llamamos Gobierno tuxtepecano. La actual tiranía no es, como lo cree la superficialidad, una degeneración de ideales puros; Porfirio Díaz no tiene ni el triste mérito de haber sido alguna vez honrado y patriota y de haber degenerado por las circunstancias y los tiempos. Fué siempre un ambicioso, con ambición desmesurada que para entronizarse aceptaba todos los medios, hasta los infames. Infame fué ensangrentar el suelo patrio para substituir en él la República por la Dictadura; infame fué levantar un motín canallesco al amparo de la tolerancia extremada de un Gobernante que merecía tanto respeto como el que tuvo con los derechos de su pueblo.

Con Juárez y Lerdo la Nación progresaba, pero en 1876, Porfirio Díaz, con esa mano férrea de que hablan propios y extraños, la obligó á detenerse primero, y después á retroceder. Recibió el impulso, nos lanzamos hacia atrás en abierta carrera, y hoy nuestro descenso es ya vertiginoso, ciego, como si fuésemos arrastrados por un derrumbamiento sobre un abismo. No supimos mantenernos en la cumbre que tanta fatiga costó escalar, no supimos vivir en la democracia, en la República, bajo la ley, y retrocedimos á los tiempos de los cuartelazos y de las dictaduras. Sólo que el último cuartelazo nos fué más funesto que ninguno y la última Dictadura está ya á punto de asfixiarnos irremediablemente.

¿A qué punto hemos llegado en nuestra vergonzosa caída? ¿En qué situación nos encontramos? ¿Podemos todavía redimirnos ó vamos á descender más aún y á hundirnos para siempre en mayores oprobios y más negros infortunios?

Nuestra situación es ya bastante sombría para que no hagamos un esfuerzo por remediarla. No habrá corazón mexicano que no se sienta oprimido ante el doloroso espectáculo de las desventuras nacionales.

Pretendemos engañarnos nosotros mismos llamando República á nuestro infortunado país, pero vivimos bajo un absolutismo más feroz que el universalmente anatematizado de los Czares de Rusia. Nosotros mismos maldecimos á esos lejanos opresores y nos dolemos del pueblo que los sufre, pero no maldecimos al opresor nuestro ni nos dolemos de nuestra propia desgracia. Celebremos las derrotas del Imperio Moscovita por un enemigo

más pequeño; sabemos, porque toda la prensa lo dice, que el enorme Imperio es débil por su corrupción interior, por su mal gobierno, por el despotismo que lo tiene agobiado, y no consideramos que México está en iguales condiciones, que la tiranía, con sus corrupciones nos debilita y que estamos expuestos, como todos los países oprimidos á ser fácil presa de los grandes pueblos libres. Cosa extraña, sin embargo explicable, es que pensamos más en Rusia que en nosotros. Del tirano moscovita habla la prensa con verdad é independencia, pero no así del opresor de México, que, más tarufo y malvado, tiene el cuidado de subvencionar en todo el mundo periódicos que lo adulen.

Nos pagamos de palabras. Quizá si Porfirio Díaz se proclamara Rey y se hiciera coronar, no lo toleraríamos en el Poder; en cambio, parece tenernos sin cuidado que obre como el monarca más absoluto, con tal que se llame Presidente. Deberíamos fijarnos más en los hechos que en las apariencias, más en el fondo de las cosas, que en el nombre caprichoso que se les dé.

No existe en México más ley que la voluntad del Dictador, cuyos caprichos, por absurdos ó perjudiciales que sean, se consideran decretos inapelables. Todas las facultades, todos los poderes, todos los derechos, están reunidos en manos del Dictador. Fuera de él, nadie tiene en México, ni funcionarios ni ciudadanos, derechos, autoridad ó facultades propias. Ya por sí es odioso este monopolio del Gobierno por un solo hombre, pero más odioso aparece en un país como el nuestro, en que las leyes tienen perfectamente señalada la esfera de cada funcionario público. ¿Sería preferible destruir por completo nuestro hermoso Código Fundamental, á conservar ese monumento de la grandeza de otros tiempos, sólo para burlarlo y escarnecerlo!

No se ha atrevido, sin embargo á hacer tal cosa el Autócrata de México, quizá sólo porque le ha faltado el valor de otros tiranos para serlo francamente, ó quizá porque nos conoce á los mexicanos y sabe que toleramos los ultrajes de hechos, con tal que se guarden ciertas formas. No ha suprimido, pues, la Constitución de 57; conserva el aparato republicano, las Cámaras Legislativas, los Tribunales, los Municipios, etc., pero vulnera á cada paso la Ley Suprema, deshonra el republicanismo al convertirlo en indigna farsa, y mancha los cuerpos legislativos, judiciales y municipales, formándolos con asquerosos lacayos. ¡Y nos contentamos con que se nos oprima bajo formas republicanas! ¡Parecemos satisfechos con que una tiranía efectiva ultraje á la democracia, y la tome como disfraz, para mayor ludibrio de la libertad! Nos duele que se viole la democracia, pero nos consuela que se la mofe. Tal vez á una opresión menos hipócrita, aunque fuera también menos brutal que la que hoy sufrimos, no la hubiéramos soportado con esa impasibilidad con que hemos dejado que nos triture una tiranía disfrazada con el manto de la República.

Los Ministros de Porfirio Díaz no son hombres aptos para el desempeño de sus respectivos cargos. Los que no son idiotas, apenas llegan á medianías, pero todos tienen el triste mérito de la sumisión absoluta al Dictador, y su bajeza moral es la que les ha procurado su elevación política. No son los colaboradores de

una obra patriótica, sino los cómplices de un crimen. Mariscal, después de haberse sentado entre los hombres gloriosos del Constituyente, secunda hoy al opresor de México en ese extranjerismo repugnante, que si ha producido alabanzas y condecoraciones al mendicante Dictador, ha causado serios perjuicios al bien efectivo y al decoro de la Patria. Las cuestiones de Belice y Fondos Piosos, la Concesión de Pichilingue, las cobardes complacencias con Guatemala, el yanquismo llevado hasta el extremo de negar la Historia: todo esto, si más no hubiera, bastaría para enlodar los careados prestigios del Ministro de Relaciones.

La Hacienda está en manos de Limantour, financiero hábil para enriquecerse y proporcionar buenos negocios á sus amigos, al mismo tiempo que extorsiona á los contribuyentes y arroja sobre la Nación la carga de enormes y repetidos empréstitos. El extranjero Limantour, hijo de padres franceses, desdeñoso para nuestro país y que no tuvo la ocurrencia de hacerse ciudadano mexicano sino hasta la edad de cincuenta años, cuando comenzó á soñar con la Presidencia, ha sido útil al Dictador, salvándolo de la bancarrota á que estaba condenado por su mala Administración, con empréstitos y combinaciones diversas; pero ha sido perjudicial al país porque lo ha comprometido peligrosamente para el porvenir. Un Ministro honrado hubiera dejado naufragar á la Dictadura antes que arruinar á la Nación; Limantour ha salvado al despotismo comprometiendo al país, y su nombre será maldecido con el del Autócrata cuando se haga completa luz en la historia de esta época sombría. Ramón Corral, Vice-Presidente á la vez que Ministro, ha sido un aventurero audaz que, predestinado á la galera ó al patíbulo, ha podido burlar su destino, gracias á que en México están hoy invertidas las leyes y gozan los bellacos de privanza, mientras los hombres honrados sufren persecuciones y amarguras. En Sonora despojó á los indios yaquis de sus terrenos y luego les hizo la guerra para lucrar con ella. Sus raras aptitudes para el crimen deslumbraron al Dictador que lo llamó á la Capital y lo colmó de honores, nombrándolo hasta heredero de la Silla Presidencial. La labor de Corral como Ministro se reduce á la expedición de unos cuantos Reglamentos ridículos, con pretensiones de moralizadores, que están en abierto contraste con el público y notorio libertinaje del aventurero encumbrado. Justino Fernández, que no sabemos por qué lamentable casualidad, fué, como Mariscal, Constituyente, ha llevado la prostitución de la justicia hasta un grado intolerable. Lleno él mismo de vicios y degeneraciones, no es extraño verlo servir de instrumento para muchas infamias y muchas persecuciones. Sus canas de octogenario están manchadas con todas las deshonras. Blas Escobar, después de haberse distinguido en San Luis Potosí, persiguiendo brutalmente periódicos y Clubs Liberales, ha ocupado un lugar entre los lacayos favoritos del Autócrata. Procura beneficiar á su amo, pero no al país. Entregado á los frailes, servil con los extranjeros, complaciente con sus amigos los clericales, aborrece al pueblo y es una rémora para la prosperidad de la Nación. Ramo tan importante como la Instrucción Pública, depende de Justo Sierra, que subió al Ministerio lamiendo las plantas del Déspota. ¿Qué educación

puede dar á un pueblo quien tiene por norma de conducta el servilismo? Justo Sierra podrá formar esclavos para futuras tiranías, pero nunca ciudadanos capaces de servir y defender á su Patria. Leandro Fernández es una momia inútil, á la cual no llegan los clamores de un público desesperado por los abusos de las Compañías Ferrocarrileras yankees, que se entregan, insolentadas, á los mayores desmanes. Puede el público reclamar amparo para su vida y sus intereses: el Ministro momia, fiel á la consigna del Dictador, no pondrá ningún remedio, para no atentar contra la inviolabilidad de los yankees. En Guerra está González Cosío, que como imbécil se baría perdonar, si no fuera también malvado.

Tales son los lacayos favoritos del Dictador, que tienen más de lacayos que de favoritos; tales son los encargados de los más importantes Ramos del Gobierno.

Las Cámaras, ese santuario augusto del pueblo en las verdaderas democracias, sólo sirven á nuestro país como pretexto para que el tirano mantenga una falange de eunucos á costa del Erario público. ¿Para qué mencionar á los que hoy deshonran la Representación Nacional? Con pocos epítetos se les designa á todos. Hablad de abyectos, de cobardes, de viles, y hablaréis de las Cámaras de México, repletas de corrupción, degradadas, hediondas. En ellas no vibra la voz del pueblo, sino las consignas del tirano, ante las que doblan la frente cientos de hombres que mejor debían llamarse esclavos. Un esclavo no es hombre, dijo con justicia una célebre mujer.

Los Tribunales de Justicia son mercados de favores; el Magistrado es un comerciante; la judicatura un gremio de explotadores. La ley se desprecia, y el oro es el que determina los fallos de los jueces. La conciencia ha desaparecido. Y sobre ese mercado indigno, sobre esa turba de negociantes de toga, se ciernen la consigna del Dictador, ley suprema de los siervos que están en los puestos públicos. La Suprema Corte de Justicia de la Nación es quizá la más deshonrada. Ella tiene que resolver los asuntos más importantes, y por tanto, sus fallos injustos tienen consecuencias más graves. Pero esta consideración nunca ha detenido á sus miembros para obedecer una consigna infame del Dictador ó para venderse á los particulares.

**

De las Leyes de Reforma, como de la Constitución, no quedan sino el nombre y el recuerdo. El clericalismo, combatido y casi dominado por Juárez y Lerdo, ha vuelto á robustecerse á la sombra de Porfirio Díaz. Los Gobiernos republicanos lo rechazaron; la Dictadura lo acogió. Aquellos buscaban el bien de la Patria, y procuraron aplastar á la falange negra y traidora, sedienta de oro y de poder; la Dictadura busca su propio beneficio, y toma como aliados á los frailes, que tienen la misión de embrutecer y hacer abyectos á los pueblos, y de preparar el campo maldito en que han de fecundar las tiranías.

No hay déspota que no lleve una escolta de sotanas, porque no hay tiranía que no necesite como base la ignorancia del pueblo. Los pueblos que creen que cualquier fraile prostituido es un representante de Dios, bien puede creer que cualquier soldado ambicioso es un admirable gobernante. El fanatismo, las supersticiones, el terror á los castigos eternos ó la esperanza imbécil de

la gloria celestial, hacen á los hombres y á los pueblos impotentes para buscar la felicidad en la tierra y para sacudirse los yugos que los audaces quieran imponerles. Se es cobarde ante la opresión, con el pretexto de acatar la voluntad de Dios. Se tiene abyecta resignación ante el crimen, porque se considera inútil,—así lo dice el fraile,—oponerse á lo que Dios ha dispuesto. Y es la religión, religión de cobardías y abyecciones, religión de eunucos, la que arroja á los pueblos, después de robarlos, á morir bajo el látigo y el grillete de los opresores.

Es pues, natural, que la Dictadura haya tendido la mano al clericalismo humillado por los Gobiernos democráticos, y que el clericalismo contribuya al sostenimiento de la Dictadura. El pueblo es la víctima que ambos explotan por igual, es la presa que ambos devoran en complicidad infame, en espantosa armonía, ayudándose á conservarla, poniendo cada quien sus medios para que no se les escape de las garras. La Dictadura pone su fuerza, exhibe sus bayonetas, sus cárceles, sus esbirros; el clero pone su labor tenebrosa, siembra ignorancia, intoxica, abyección y en nombre de Dios y del Infierno, demanda resignación porcina ante todas las miserias y ante todos los dolores.

Porfirio Díaz es incensado por los clericales. Para la prensa conservadora no ha habido mejor gobierno que la actual tiranía. Ni el pirata Maximiliano satisfizo tanto á los clericales como el Dictador de ahora, lo que prueba que, en esencia, el Imperio del Hapsburgo era más liberal que la República de Díaz. Los Conservadores tienen razón en alabar al tirano. Este les ha devuelto sus prerrogativas y les ha permitido recuperar las riquezas que perdieron, dejándolos violar á su antojo las Leyes de Reforma. El país está inundado de frailes, los conventos vuelven á levantarse; los curas vuelven á ser influyentes é inviolables y hacen alarde de escandalosa corrupción, sin recibir el castigo que merecen. Son los protegidos del Gobierno, de un Gobierno que por hacer traición á la República, llegó á tomar bajo su amparo al mismo Leonardo Márquez, el execrado asesino de la reacción. Los más conspicuos clericales están en los puestos públicos; los traidores, repudiados por las Administraciones honradas, han sido recibidos por Díaz con los brazos abiertos, y toman parte en la orgía tuxtepecana.

La Dictadura es clerical, y no podía menos que serlo, puesto que frailes y opresores siempre se dan la mano para arruinar á los pueblos.

**

En las vociferaciones vulgares de sus proclamas revolucionarias, acusaba Díaz á Lerdo de atentar contra la soberanía de dos ó tres Estados. ¿Qué diremos nosotros ahora que todos los Estados han perdido su soberanía?

El hombre que proclamó la rebelión porque creyó ultrajada la soberanía de dos ó tres Estados, tiene ahora impiantado el más abrumador centralismo. Sus miras biliosas palabras del 76, podrían hoy servirnos para atacarlo, pero preferimos decir algo de más fondo que las pedrestes y vacías declamaciones con que el falso demócrata tuxtepecano acusaba á un Gobernante que había de ser absuelto y glorificado por la Historia.

Los gobernadores de los Estados en la actualidad, son simples lacayos de Porfirio Díaz, que, pa-